

Liliana Regalado de Hurtado
Hidefuji Someda
Editores

CONSTRUYENDO HISTORIAS

Aportes para la historia hispanoamericana
a partir de las crónicas

Capítulo 7



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2005



Universidad de Estudios
Extranjeros de Osaka

*Construyendo historias. Aportes para la historia
hispanoamericana a partir de las crónicas*

Primera edición: agosto de 2005

Tiraje, 500 ejemplares

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005

Plaza Francia 1164, Lima 1 – Perú

Teléfonos: (51 1) 330-7410, 330-7411

Fax: (51 1) 330-7405

Correo electrónico: <feditor@pucp.edu.pe>

Dirección URL: www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Diseño de interiores: Juan Carlos García M.

Diseño de cubierta: Atenea Ediciones

*Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro
por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso
de los editores.*

ISBN 9972-42-720-X

Hecho el depósito legal 2005-5280 en la Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú - Printed in Peru

«LA RUTA HISPÁNICA DE LOS HOMBRES PERVERSOS: DE CASTILLA AL
PERÚ». DISPOSITIVOS MORALES DE LOS CRONISTAS EN TRES
LEVANTAMIENTOS DEL SIGLO XVI¹

Gregorio Saldarriaga
CEH-Colmex de México

Obertura en tres movimientos

En 1520, el joven Carlos I se enfrentó a la sublevación del común, comandada por la Santa Junta Central, en buena parte de Castilla La Vieja y encabezada por ciudades tan importantes como Burgos, Valladolid y Toledo. Este levantamiento se produjo después de que Carlos I hubiera conseguido ser proclamado emperador de Alemania y en un momento en que necesitaba con urgencia obtener dinero por medio de tributaciones aprobadas por las Cortes.

Dos décadas después, bastante menos joven y más experimentado, el mismo Rey tuvo noticias y relación de un levantamiento, encabezado por un bastardo, Gonzalo Pizarro, en los reinos de ultramar, con más precisión en el Perú, que hacía poco había sido escenario de los enfrentamientos entre los Almagro y los Pizarro. Este levantamiento se dio en el marco de la promulgación de las leyes nuevas.

¹ El título es una clara alusión a la obra de Rene Girard, que ha sido fuente de inspiración para este artículo. Agradezco la lectura y los comentarios hechos por el doctor Óscar Mazín G., por Luis Miguel Córdoba O., por Roberto Luis Jaramillo V. y, especialmente, por Adriana Fontán G.

En 1560, trescientos hombres de guerra, unas cuantas mujeres, seiscientos indios de servicio y los aperos propios de una empresa de conquista, extemporánea por lo demás, se internaron en la selva amazónica, en la búsqueda del reino de Omagua. Con el paso de los días, a orillas del caudaloso río Marañón, se desencadenó un levantamiento que comenzó con la muerte del gobernador Orsúa y alcanzó uno de sus puntos más altos con la desnaturalización de España de los participantes en esta empresa y el nombramiento de don Fernando de Guzmán como rey del Perú. En este último levantamiento, el Rey no era ya Carlos I sino su hijo, Felipe II. Sin embargo, para el nuevo Rey no resultaba ser ninguna sorpresa, pues como príncipe había estado al tanto de todo el levantamiento pizarrista, pues su padre se encontraba en ese momento en Alemania.

Estos tres movimientos fueron diferentes en espacio, en condiciones, en motivaciones específicas y en el desarrollo de sus acciones. Por otro lado, se dieron bajo la misma monarquía; el primer levantamiento fue referente del segundo, y este alimentó al tercero. Ahora bien, no serán las dinámicas de los procesos las que se comparen sino la forma como los cronistas las narraron y recurrieron a figuras similares para reforzar ciertas ideas. Entre estas están las siguientes: la presencia permanente de la voluntad divina, el apoyo de la muchedumbre a las causas y la maldad que encarnaban aquellos que se levantaban contra el Rey. Según el grado de agravio a la investidura real, eran ubicados en categorías alejadas del buen cristiano: el cristiano perfecto era quien se ponía en armas para defender la fe de la iglesia católica; así, atacar al Rey que por gracia de Dios lo era y que cumplía la función de *defensores fidei* (Rucquoi 2000: 16) implicaba ir contra Dios. Trataré de mostrar cómo los cronistas construyen, por medio de sus relatos y sobre la base de lo que se puede llamar «dispositivos morales», una figura, de alguna manera arquetípica, para encarnar al rebelde que atenta contra los valores de la cristiandad, en esencia, blasfemo y hereje, tirano y traidor.

Para el levantamiento de los comuneros en Castilla he utilizado el relato del presbítero Juan de Maldonado, llamado «El movimiento de

España, o sea historia de la revolución conocida con el nombre de las comunidades de Castilla», escrito en latín y dedicado a Felipe II en 1540. Para el levantamiento de Pizarro he usado tres fuentes: *La guerra de Quito*, de Pedro de Cieza de León, escrita antes de 1560, año de su muerte; *Historia del Perú*, del presbítero Diego Fernández, publicada a mediados de la década del setenta del siglo XVI; y la *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, terminada de escribir en 1571 por Pedro Pizarro, primo de Gonzalo Pizarro. Para la rebelión de Lope de Aguirre me he valido de seis crónicas: las cinco primeras fueron hechas por personas que formaron parte de la expedición y la sexta se escribió sobre la base de la información recogida hacia 1580. Los diez relatos fueron realizados en un lapso de tiempo de cuarenta años, el que separa al primero del último levantamiento. Analizaré estas crónicas para conectar los pensamientos homogéneos que se repitan o que correspondan estructuralmente a una misma idea.

Causas de los levantamientos

Las crónicas consignan dos tipos de explicaciones para los levantamientos: objetivas y subjetivas. Las primeras están estrechamente relacionadas con la situación social que se vive. La tensión que provocó la aprobación del tributo llamado «servicio» —solicitado por Carlos I al momento de recibir el juramento de fidelidad de estas— por parte de las Cortes generales, reunidas en Valladolid en 1518, y la solicitud de un nuevo «servicio» en menos de dos años solo fue superada por la ira que provocó la finalidad que tenía la recolección de estos gravámenes: la consecución del título imperial en Alemania, que significaba sostener la política exterior española con la riqueza de Castilla y de España, en general. A causa de este afán imperial, la crónica da a entender que en el ambiente flotaba la idea de que los problemas de España se resolverían de cualquier manera o quedarían pendientes para una solución posterior, y que su dinero se esfumaría en mantener una gloria que era ajena a Castilla (Maldonado 1975 [ca. 1540]: 62 y 69).

En Perú, en 1542, la noticia de las leyes nuevas que traía el nuevo virrey, Blasco Núñez de Vela, alborotó a los encomenderos, que por rumores y noticias sabían que dichas leyes iban en detrimento de sus intereses. A tan poco tiempo de que la conquista se hubiera realizado, que se comenzaran a cristalizar con fuerza unas prácticas y costumbres de arbitrarios vencedores, y con los recuerdos tan frescos de los sucesos que terminaron con las muertes de las dos principales cabezas de este proceso conquistador, cualquier regulación que pretendiera poner la Corona resultaba ser una ofensa.

El levantamiento de Pizarro solo fue uno de los eslabones de la cadena de confrontaciones que se sucedieron en el Perú, Quito y la gobernación de Popayán durante más de 15 años. En 1560, pocas tierras quedaban por repartir y ningún indio para encomendar, y el reino del Perú estaba habitado por vecinos sin sustento suficiente y soldados a la espera de expediciones que se habían estancado por el establecimiento de la *pax hispanica*, decretada en 1550 por la Corona. La empresa de la búsqueda del reino Omagua, que se le encomendó a Orsúa, buscó liberar un poco la tensión que se vivía en la sociedad peruana, temerosa de que aquella masa flotante pudiera desatar un conflicto como los que acababan de ocurrir. Sin embargo, encauzar esta gente a una expedición, así como reunirla y armarla, inquietó, según los cronistas, a los vecinos estables del Perú, pues pensaron que la única idea de aquella gente era volver sobre el reino para desatar el pillaje y la guerra. Esta idea también habría permeado desde el principio a algunos de los participantes en la campaña.

A las tres explicaciones las recorre la misma idea de resolución de problemas económicos, que por diferentes motivos se agravaron, ya fueran debidos a una coyuntura o a la estructura misma de la sociedad. Esta idea se sitúa en un primer nivel al cual podemos denominar básico, pues es el que pone las bases fundamentales del descontento que posteriormente brotó. Sin embargo, hay otro nivel en el cual las cosas adquirieron el cariz del levantamiento y fue allí donde tomaron forma

las responsabilidades particulares. Este papel correspondió a quienes estaban por debajo del Rey, bien fueran sus consejeros, el virrey del Perú o el gobernador de la expedición; son ellos, por su comportamiento, los verdaderos culpables del descontento que desembocó en el levantamiento.

Aunque la indignación de los castellanos estaba dirigida contra el joven monarca que era más flamenco que ibérico, lo que realmente les resultaba chocante eran sus consejeros flamencos, tan ajenos a las cuestiones de la Península que con sus pareceres hacían errar a quien deberían ayudar y buscaban afanosamente obtener favores particulares de manos del Rey. Al tiempo de ser coronado, Carlos I nombró como arzobispo de Toledo al joven Guillermo de Croy, sobrino del consejero real Chièvres, lo que creó resquemores entre la población, pues se entregó la dignidad episcopal más alta de España a un extranjero. La resistencia no provenía solo de la importancia del puesto sino, también, de la considerable cantidad de dinero que producía y que corría el riesgo de salir de Castilla (Maldonado 1975 [ca. 1540]: 63). La ira popular igualmente se dirigió contra los corregidores de las ciudades que no defendieron los intereses del pueblo ante las pretensiones del novel Rey y sus avezados consejeros. En última instancia, fueron ellos quienes soportaron los primeros embates del movimiento.

Por su lado, el virrey del Perú, Blasco Núñez, llevaba la impopular tarea de hacer cumplir las leyes nuevas. Desde su arribo a suelo indiano comenzó a comportarse de manera arrogante frente a quienes le recomendaban que tuviera tacto a la hora de aplicarlas, pues las mencionadas leyes mermaban los privilegios de los encomenderos; y, en una tierra que había vivido luchas intestinas hacía poco tiempo, los ánimos seguían latentes y cualquier chispa podra prender la hoguera. El Virrey no solo desatendió las súplicas que buscaban suspender temporalmente la aplicación de las leyes nuevas, sino que, además, no prestó atención a aquellos que le aconsejaron que se cuidara de la gente del Perú. Los cronistas reconocen que el malestar inicial viene del mensaje, pero

las maneras del mensajero exacerbaron a la población,² pues, al negar la suspensión temporal de las nuevas leyes mientras los vecinos dirigían su propia información a la Corona, el Virrey desconoció lo que estos consideraban como un derecho adquirido. Además, ignoró el territorio al que llegaba y las costumbres que allí se usaban; fue intransigente hasta el extremo en el cumplimiento de las órdenes del Rey; y a diferencia de los oidores que lo acompañaban, no demostró capacidad alguna de adaptación frente al nuevo medio. Una vez que se desató el levantamiento, el Virrey tuvo un comportamiento errático, guiado más por el furor y la ira que por la templanza de su oficio y la sabiduría de sus años; así, irritó a la gente al dar muerte al factor Carvajal sin fórmula de juicio y a los soldados del capitán Díaz al arrastrar las banderas de este.

En el levantamiento de Aguirre, el que desató el malestar fue Orsúa, a quien el virrey Cañete había dado el mando de la entrada y el título de gobernador de los territorios conquistados. A pesar de la experiencia que tenía en expediciones militares y en manejos de tropa, los cronistas señalaron que Orsúa se mantuvo distante y despectivo con los soldados, y se negó a nombrar capitanes y a repartir cargos hasta que no hubieran llegado al territorio buscado, esto es, al reino de Omagua. Aunque este punto es recurrente en todas las crónicas, no todos coinciden en lo que causó el cambio en el gobernador. La mayoría pone la culpa en la relación que con doña Inés de Matienzo este tenía; sin embargo, Toribio de Ortiguera señaló que su actitud cambió a causa de la desazón que le producía avanzar infructuosamente en la búsqueda de dicho reino.

Al mirar los tres procesos se puede pensar que, más allá de que sus faltas fuesen reales o imaginarias, estos poderes subalternos sirvieron como canalizadores del descontento que, al reventar contra ellos, protegía a la

² «De manera que á nadie dejaba ni consentía acabar su plática, ni respondía ni quería satisfacer á cosa que sobre este caso se le dijese, poniendo luego por delante aquella real voluntad, lo cual, en el corazón de muchos, causaba mayor escándalo y aun enemistad y rencor con el Virrey» (Fernández 1914, 1: 56).

Corona del embate inicial y un poco de las responsabilidades que le correspondían. Este hecho se reflejó en las obras de los cronistas que mostraban cómo, en principio, si bien se iba contra la obediencia debida a los funcionarios reales, el poder del Rey no era puesto en tela de juicio, con lo cual muchos de los personajes pudieron seguir sosteniendo que se mantenían fieles al Rey o que lo hacían a favor del mismo. Este reconocimiento de fidelidad servía, por otro lado, para poner el desenvolvimiento de los acontecimientos en una muchedumbre levantisca y de decisión cambiante, que se dejaba dirigir por individuos ambiciosos y sedientos de poder.

Este ataque contra los poderes intermedios permitió que la fidelidad debida al Rey se mantuviera por un tiempo sin siquiera ser puesta a prueba y que cada uno, a su manera, pensara que le servía o que, por lo menos, pudiese reivindicar tal hecho. El obispo Acuña animó hasta bien adelantado el levantamiento del común a los soldados con la legitimidad de su movimiento y con la idea de que el Rey lo reconocería una vez saliera vencedor este partido. En el Perú, los soldados de Pizarro y del Virrey se llamaban traidores unos a otros, pues cada grupo veía a la cabeza del contrario un tirano. Y en la selva amazónica, el grupo se reunió tras matar a Orsúa para tratar de legitimar esta acción y mostrar cómo se había hecho para servir al Rey, pues aquel estaba haciendo fracasar una empresa en la cual la Corona había invertido tanto dinero. Cuando comenzaron a firmar, encabezados por el nuevo general nombrado por el grupo, don Fernando de Guzmán, apareció la figura relevante de este levantamiento, Lope de Aguirre, quien tras su apellido puso el calificativo de traidor, para señalar que tal acta carecía de sentido, pues habían asesinado a un gobernador que traía poderes del Rey y que no había forma de legitimarlo, a lo cual replicó Juan Alonso de Bandera que no había habido traición, pues todo se había hecho con ánimo de servir al Rey. La figura de Aguirre resultaría disonante en este análisis, pero luego se comprenderá cuál es el papel que jugó.

Al estar el Rey alejado de los ataques, se volvía la figura que encarnaba el bien del reino y de sus habitantes; por eso, Acuña alentaba

diciendo que la victoria los legitimaría ante el Rey, ya que el triunfador siempre encarna el bien público. Los soldados del Virrey se podían proclamar legítimos porque estaban del lado del funcionario del Rey y los de Pizarro porque sentían que encarnaban el bienestar de la comunidad que venía a ser oprimida por unas leyes obtenidas por las «siniestras relaciones» de los frailes dominicos. Los que luego serían denominados los marañones pensaban que poblar la tierra que descubrieran convenía al reino, y eso estaba por encima de aquel pequeño derramamiento de sangre. Solo cuando el Rey se vuelve una figura controvertible podemos reconocer más hondamente las motivaciones de los que dirigen a los grupos y los cronistas perfilan sus características más claramente.

La narración de los movimientos se estructuró en un juego dialéctico entre muchedumbre y dirigentes. El clamor general, el descontento y las voces que se quejaban contra el estado de las cosas siempre surgían de la masa que llamaba a ciertas personas especiales para que ocupasen la cabeza de la protesta. Este hecho es cierto para el levantamiento del común y para el de Pizarro, pues de diferentes poblaciones de Castilla surgieron llamados para que Juan de Padilla o el obispo Antonio de Acuña los dirigieran, y el en Perú, vecinos de casi todas las poblaciones, pero especialmente del Cuzco, escribieron a Gonzalo Pizarro para que tomase el puesto que le correspondía como sucesor de su hermano mayor. Pero en este punto hay una diferencia fundamental entre Castilla y el mundo andino: mientras que, en la primera, el que ocupó este papel fue el pueblo llano, en el Perú fueron los encomenderos y la gente con mejor posición en la escala social. Este hecho se explica por las diferencias estructurales entre un mundo y el otro, pues, al fin de cuentas, en el Perú, el pueblo correspondería a la masa indígena. Pero esta diferencia entre un movimiento y el otro se debe matizar o mirar con detenimiento para comprenderla, ya que, en Castilla, los nobles se integraron a la sublevación en diferentes grados.

Más allá de todo eso hay un elemento compartido al que se podría denominar locura colectiva, éxtasis compartido o fervor popular. Este se puede observar en las palabras que Juan Maldonado puso en boca de un toledano que participó en los levantamientos:

Fui uno de los que gritaron y no me arrepiento mucho de ello: otros muchos más avisados que yo se engañaron también. Pero ¿quién se hubiera atrevido entonces a obrar de otra manera [...], quiénes no tendrían por una maldad no hacerlo? Los teólogos, los párrocos, los ancianos y muchos de los nobles que se retiraron a buen tiempo, esto persuadían, esto recomendaban extraordinariamente[...]. (Maldonado 1975 [ca. 1540]: 72)

Los cronistas de ambos levantamientos insisten frecuentemente en el papel que las mujeres desempeñaron, alentando y avivando el fuego de las revueltas, incluso cuando las últimas esperanzas se habían desvanecido. ¿Qué buscan representar los cronistas con estas mujeres combativas y arengadoras? Por un lado, es claro que no era solo una representación sacada del aire, y el énfasis reiterado indica que toda la sociedad estaba involucrada, que el apoyo venía desde la base misma de la familia, y que estos movimientos contaban con el respaldo del grueso de la sociedad. Y aunque con el paso del tiempo muchas personas se retiraron de ellos, este núcleo siguió jugando un papel importante en el apoyo que brindaba.

Ni la locura general ni el apoyo femenino podían estar presentes en el levantamiento de los marañones, pues, al fin y al cabo, era una comunidad cerrada que no superaba las trescientas personas con poder de decisión. Al varón guerrero se lo identificó, más bien, como causante de conflictos que como núcleo de una unidad familiar.

Del consenso al poder

Los apoyos y simpatías que recibían los movimientos eran espontáneos y anteriores en casi todas las ocasiones, pero no se mantuvieron

constantes. El pueblo, las muchedumbres, los soldados y la gente del Perú tenían un ánimo cambiante, así que los que comenzaron a dirigir las acciones pretendieron cristalizar el apoyo ofrecido mediante escritos que crearan un compromiso real para respaldar sus acciones, legitimar la causa y lograr que la culpa se generalizara. Con esa finalidad, Pizarro se hizo nombrar procurador de casi todos los cabildos del reino y suplicó al nuevo Virrey, con mano poderosa, la suspensión de las leyes nuevas. Una vez que arribó a los términos de Lima y supo que los oidores habían apresado al Virrey, presionó para que aquellos lo recibieran como gobernador. Además buscó que su entrada reforzara simbólica y militarmente lo que estaba pidiendo, pues, mientras los oidores le dijeron que entrara solo con los soldados que fueran necesarios para garantizar su seguridad, en su campo se debatía si se debería o no abrir una nueva calle y su principal consejero, Francisco de Carvajal, decía que debía entrar a la cabeza de todos los hombres, con hileras conformadas por 15 o veinte soldados.

En Castilla, el consenso de la población se concretó en la Junta, que reunía las Cortes de las ciudades que conformaron la liga de los sublevados. Esta misma junta sería la encargada de legitimar las acciones adelantadas por los capitanes puestos a las cabezas de las tropas. De esta manera, la voluntad popular se materializaba en una autoridad encargada de dirigir de manera centralizada las acciones del movimiento.

Y en las selvas amazónicas, tras la muerte de Orsúa, se proclamó gobernador a don Fernando de Guzmán, quien había sido su amigo cercano y no tuvo reparos en participar en la confabulación contra aquel para ocupar su puesto. Como no existía en ese momento una instancia superior que le otorgara el cargo, y este había sido obtenido de manera violenta y por designación que hiciera un pequeño grupo de dirigentes carentes del poder suficiente para ello, Guzmán reunió a la gente e hizo el ademán de dejar el cargo, para que se eligiera a quien la mayoría considerara apropiado. Tras este acto, los cronistas siempre vieron la mano del maese de campo Lope de Aguirre, pues él y su gente

inmediatamente proclamaron que no deseaban seguir a otro que no fuera Guzmán. Posteriormente, se procedió a hacer un acta firmada por la totalidad del grupo; en ella se volvía a otorgar el nombramiento a Guzmán (Ortiguera 1981: 85-86).

En las crónicas, el establecimiento de esos poderes es el punto de quiebre entre el consenso popular y los dirigentes nombrados, porque, a partir de entonces, el primero se divide y los segundos se vuelven autónomos. En Castilla, la mayoría de los nobles comenzó a dejar el bando de los sublevados, después de haberlo alentado desde el principio (Maldonado 1975 [ca. 1540]: 139). En la tropa de Pizarro brotaron las primeras muestras de inconformismo frente a los mecanismos que se estaban utilizando para defender los derechos de la tierra, y resultaba cada vez más patente el proyecto personal de Gonzalo Pizarro: ser el sucesor de su hermano Francisco en el puesto de gobernador del Perú, tal como este lo había dispuesto en su testamento. En la expedición del Marañón, la posibilidad de disentir no existía y, allí, cualquier bando diferente al del poder se eliminó progresivamente. Para entender este hecho, los cronistas usan dos explicaciones diferentes y complementarias. Por un lado, estaría una respuesta cercana al adagio latino que reza: «ira furor brevis est» ('la ira es locura temporal'), y poco se debe confiar en los designios de la masa, menos aún en los de la nobleza, que solo perseguía sus propios intereses, tan aporreados por la Corona castellana, y variaría de rumbo, como veleta, según el viento que la soplara. Por otro lado, como las cabezas ya estaban asentadas en los puestos anhelados, dejaban salir a flote sus verdaderos intereses, que se alejaban de los primeros que se esgrimieron y se acercaban más al desacato contra la autoridad real o a la negación de esta.

Entre los comuneros corrió la voz —argumentada por Juan Padilla, uno de los comandantes militares— que Carlos I ocupaba de manera ilegítima el trono, pues su madre, Juana La Loca, aún vivía, y a ella le correspondía reinar (Maldonado 1975 [ca. 1540]: 71). Buscó entonces la Junta Santa establecerse en Tordesillas, lugar de su reclusión, y

comunicarse con ella para conocer las posibilidades de que se pusiera del lado de la Junta.³ No se desconoció el derecho sucesorio de Carlos I, sino que, ante la notoria y molesta presencia de los asesores extranjeros, los comuneros atacaron el mecanismo por medio del cual había llegado al trono el joven Rey, en detrimento del derecho de su madre.

En el Perú, una vez que los oidores nombraron gobernador a Pizarro, solo se aguardaba que el Rey lo ratificara, pero no fue una espera pasiva, pues sus hombres declaraban una y otra vez que, en caso contrario, el reino entero estaría revuelto en una lucha sin tregua y que si el Rey no quería dar el potro, pues matarían la yegua, y palabras similares que los cronistas llaman disonantes y de poco temor de la autoridad real. El extremo mayor fueron las reuniones en las que se trató la posibilidad de nombrar a Pizarro rey del Perú. Con este fin se mandarían delegados ante el Papa para que le impusiera la investidura (Fernández 1914, I: 179; y II: 172).

Pasados unos días desde que Fernando de Guzmán fuese reelegido cómo gobernador, Lope de Aguirre reunió nuevamente a la gente para nombrarlo rey del Perú, desconocer a Felipe II como su soberano y desnaturalizarse de España. De este modo, se abandonaba cualquier posibilidad de buscar y conquistar el reino de Omagua, la meta original, y los hombres destinados a dicha misión retornarían al Perú para asaltarlo e imponer allí su orden. La adopción de estas decisiones fue aparentemente unánime, y a Guzmán le causó alegría tal designación (Zuñiga 1981: 14-15).

Desconocer la autoridad del Rey, en los tres movimientos, fue el último paso de un poder emanado de un consenso que se sintió lo suficientemente fuerte como para enfrentarse, un poco de manera simbólica, al máximo poder temporal que recaía sobre la persona del Rey.

³ Sabemos, pero no por la crónica de Juan de Maldonado, que el argumento en contra de que Carlos I ocupara el trono, mientras que su madre estuviera viva, fue proclamado también por el doctor Zúñiga, catedrático de la Universidad de Salamanca en una reunión de la Junta, el 24 de septiembre de 1520. Véase Pérez 2001: 39.

Este hecho, un delito de *lesa majestad*, terminó por dividir aún más a los grupos que en principio habían conformado el consenso legitimador, pero a estas alturas, en que los dirigentes se sentían poderosos, la fuerza todo lo suplía.

Tal cosa no podría ocurrir sin que los que dirigieran los levantamientos tuvieran alguna falta en su actitud o comportamiento; solo atacarían al Rey quienes fueran vanidosos, engreídos, faltos de malicia por su juventud o ignorantes por su falta de formación y su oscura procedencia. Estos pequeños detalles de los que mandaban eran los que explicaban buena parte del desarrollo de los levantamientos y por qué habían sido capaces de levantarse contra su señor natural. Sin embargo, había otros, como el obispo Acuña, Carvajal y Aguirre, que tenían faltas más graves y que se constituían en el núcleo duro, por decirlo de alguna manera, de toda la sublevación. Estos, con sus consejos, sus ideas y sus decisiones, hicieron que todo avanzara mucho más allá de lo que convenía al Rey y a Dios.

Azotes de Dios en la Tierra

La presencia de Dios está en todas estas crónicas, en algunas con mayor insistencia que en otras, pero siempre se encuentra el carácter providencialista en ellas (Mendiola 1995: 61). Había una razón divina para que tales hechos ocurrieran, relacionada casi siempre con el castigo de pecados cometidos por un grupo o una persona. Aunque estos personajes se levantaron contra el servicio del Rey y de Dios, sirvieron al segundo como sus azotes en la tierra; y si nunca se detuvieron a pensar el mal que hacían, fue porque Dios mismo los privó del entendimiento, cosa que acostumbraba hacer cuando quería castigar a alguno (Cieza de León 1984-1985, II: 411).

Los hombres que se habían levantado contra el Rey desconocían la gracia que Dios le había concedido a aquel para ocupar tal posición; por lo tanto, atacaban la voluntad divina y se convertían en pecadores y herejes. Aunque la condena caía sobre todo el grupo sublevado, los

cronistas no impusieron el mismo sambenito a todos, no lo homogenizaron, sino que prefirieron poner en ciertas cabezas todos los anatemas posibles. En el levantamiento comunero, esta posición la ocupó el obispo de Zamora, Antonio Acuña; en el levantamiento de Pizarro, Francisco de Carvajal; y en el de los marañones, Lope de Aguirre. Estos tuvieron secuaces, gente que los siguió en sus maldades, que compartió ciertas características de maldad extrema, pero ellos eran el *non plus ultra*, la suma y el resumen de los actos cometidos contra el Rey y contra Dios.

Antonio Acuña

Antonio Acuña era obispo de Zamora al momento del levantamiento de los comuneros y estaba cercano a los setenta años de edad; era hermano de Diego Osorio, el primer corregidor que nombraron en Burgos. Juan Maldonado estableció el perfil de ambos para comparar negativamente al primero con el segundo. Como no interesan las virtudes de Diego Osorio, se prestará atención únicamente a la personalidad de Acuña. Dice Maldonado que, a pesar de ser obispo, Acuña casi no sentía ningún respeto por la religión; era precipitado, osado, atrevido, arrebatado, frugal y arriesgado; testarudo y acomodado; amaba la guerra, las armas, las sediciones y las rebeliones. Los amigos eran solo herramientas en su camino; no estaba interesado ni en esta vida ni en la conservación del alma; era avaro, ambicioso, inconstante y de ánimo cambiante. Se mantenía en vela sin trabajo alguno; soportaba el hambre, la sed, el frío y el calor; y ansiaba el honor y la gloria (Maldonado 1975 [ca. 1540]: 146-147). Se incorporó a la revolución no tanto por aprecio a esta ni a la junta,

[...] como alegre porque se suscitaba motivo y se presentaba ocasión bastante para hacer alarde a los suyos de cuanto podía, con sus consejos cuanto con sus fuerzas con las armas en la mano, emprende con mil pretextos a los que conocía ser más revoltosos, gana a cada uno de ellos,

a unos confirma en sus intentos, a otros los estimula, y se esfuerza en escitar [sic] la envidia contra el [conde] de Alba de Liste. (Maldonado 1975 [ca. 1540]: 148)

Ante estos movimientos del obispo, dicho conde comenzó a moverse contra él e impidió su entrada a Zamora, por lo cual Acuña recurrió a la Junta y se presentó como servidor de aquella, dispuesto a hacer lo que fuese menester y a ofrecer incluso su hacienda. A partir de ese momento, finales de 1520, el obispo adquirió el carácter de caudillo de tropa, dirigió soldados y reclutó hasta cuatrocientos clérigos, casi todos de su obispado,⁴ y se convirtió en la fuerza misma del movimiento al animar y motivar constantemente a los sublevados, ofreciéndoles la gloria eterna a quienes muriesen en combate. Bartolomé Leonardo de Argensola, cronista de Aragón, señaló que había tenido hasta 1500 hombres bajo su mando, pagados con las rentas de su obispado, y que había perdido el miedo a las armas del Rey y a las censuras del Papa (Maldonado 1975 [ca. 1540], nota 7: 240).

Los perfiles trazados por Juan Maldonado y Antonio Guevara, obispo de Mondoñedo, correspondían más a un capitán que a un obispo; y, con insistencia, estos dos autores señalaron que Acuña se valía de su dignidad sacerdotal para ejercer sus artes militares, pues ofrecía el cielo, se presentaba como garante de que Dios apoyaba la causa comu-nera (pues de lo contrario él no se encontraría con ellos) y, al mismo tiempo, le servía para estar libre del peso de la ley temporal, pues poseía inmunidad eclesiástica. Estas prácticas le valieron el siguiente reproche de Guevara:

⁴ El obispo de Mondoñedo, Antonio de Guevara, le reprochó a Acuña en estos términos: «Hacer de soldados clérigos, aun pasa; mas de clérigos hacer soldados, esto es cosa escandalosa; [...] pues trujiste de Zamora a Tordesillas trecientos [sic] clérigos de misa, no para confesar a los criados de la Reina, sino para defender aquella villa contra el Rey.[...], vi con mis ojos propios a un vuestro clérigo derrocar a once hombres con una escopeta detrás de una almena; y el donaire era que, al tiempo que asestaba para tirarles, los santiaguaba con la escopeta y los mataba con la pelota» (Guevara 1942, epístola XLII: 105).

Pecado fue sacaros de la guerra, y muy mayor fue haceros de la Iglesia, pues sois bullicioso y no nada escrupuloso; y desto estamos muy ciertos, porque no se os da nada por ir a pelear y matar, ni aun por estar irregular. Mucho querría yo saber en qué libro habéis leído más, es a saber, ¿en Vegecio, que trata de las cosas de la guerra, o en San Agustín, en el de doctrina cristiana? Y lo que en este caso sé es que muchas veces os vi en la mano una partesana, y nunca os vi sobre el hombro una estola. (Guevara 1942: 105)

En resumen, era un hombre de guerra tras los hábitos de la Iglesia y, según los cronistas, tenía en poco el servicio de esta, ya que se preocupaba más por los problemas terrenales y banales, y no tenía ningún reparo en pasar por alto los actos sacrílegos que cometía la gente de su bando.⁵ Como si fuera poco, utilizó su poder militar para buscar ascender en la jerarquía eclesiástica, al ocupar la silla arzobispal de Toledo sin ser nombrado por el Rey ni, por ende, aprobado por el Papa; solo le bastó ser proclamado por la masa enardecida que veía en él al padre de la patria que venía a liberarla. Acuña parecía tener, en ese momento, la espada temporal y la espiritual en sus manos. Su suerte estaba ligada a la del movimiento comunero; por eso, subió con él, lo alentó y motivó hasta que le pareció que la causa se había perdido definitivamente tras la derrota y posterior ejecución de Juan Padilla. A partir de ese momento, trató de mantener la postura y las palabras de ánimo hacia las tropas, pero, en cuanto pudo, huyó con rumbo a Francia. Sin embargo, fue atrapado en las fronteras de Navarra y Castilla, llevado a Navarrete y, de allí, trasladado a Simancas, de donde trató de huir en 1525, matando al alcaide, por lo cual le fue dado garrote al año siguiente por orden de Carlos I. Antonio Acuña murió a la edad de 75 años.

⁵ Este es un punto que si bien Guevara recalcó, Juan de Maldonado prefirió dejar un poco de lado, pues en su crónica se encuentran actos sacrílegos cometidos por ambos bandos. Sin embargo, la dignidad episcopal de Acuña lo debería haber hecho más sensible contra ese tipo de actos.

No es una exageración de los cronistas este espíritu guerrero en un clérigo, pues que hubiera reclutado trescientos sacerdotes de estos para el combate o las múltiples quejas que existieron en las Indias contra la orden de los mercedarios por ser tan inclinados a tales actitudes son muestra del espíritu combativo que estaba presente en algunos religiosos. Sin embargo, parece evidente que la queja se daba a causa del bando que había tomado, de su ataque a los intereses del Rey y del poco cuidado que mostraba en el ejercicio de su estado eclesiástico.

Francisco Carvajal

Carvajal había luchado en Italia bajo las órdenes del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, participó en el saqueo de Roma y posteriormente partió hacia la Nueva España, en donde vivió hasta 1535, año en el que pasó al Perú como parte de los refuerzos que Cortés mandó a Francisco Pizarro para sofocar la insurrección de Manco Inca. Por su trayectoria, sus habilidades militares y su ingenio, ganó renombre y prestigio como hombre de guerra. Tras siete años de vida en el Perú y haber sido parte de las tropas de Vaca de Castro que en 1542 derrotaron en Chupas a Diego de Almagro, El Mozo, Carvajal parecía conocer cómo se desenvolvían los acontecimientos allí. Por eso, en cuanto supo las noticias sobre las leyes que traía el Virrey y la manera como estas alborotaban los ánimos de los peruleros, trató de salir con los bienes que poseía rumbo a España, a la edad de 75 años.

Carvajal fue descrito por los cronistas como un hombre ambicioso, avaro, perverso, cruel, sangriento, vicioso, sacrílego, hereje y, como resumen de todo lo anterior, mal cristiano. Su habilidad militar no fue considerada como una virtud nacida exclusivamente de su inteligencia y su experiencia italiana, sino como producto de una fuerza sobrenatural, y se corrió la voz que tenía un *familiar*⁶ que lo aconsejaba. Más que

⁶ «También llaman familiares a los demonios que tienen trato con alguna persona; traen origen en los duendes de casas, que los antiguos llamaban [sic] dioses lares, porque

estas categorías con las que se enjuiciaba en pocas palabras a Carvajal, lo interesante es notar cómo en las narraciones sobre los acontecimientos de las guerras hay un retrato dinámico que refuerza constantemente la idea del mal cristiano.

Lo primero que llama la atención de su historia es la manera en que los cronistas entendieron su vinculación al levantamiento. Como ya se mencionó, Carvajal trató de salir del Perú rumbo a España en 1542, al sentir los desórdenes que se agitaban por ese entonces. Según Cieza de León, Carvajal se había congraciado con el gobernador Vaca de Castro, así que consiguió cartas de este dirigidas a los cabildos de las principales ciudades peruanas, en las cuales les informaba del viaje de Carvajal y cuanto convendría que le dieran poder para que se presentara ante el Rey e informara de los agravios que produciría la aplicación de las leyes nuevas. Consiguió el poder del cabildo del Cuzco, pero el de Los Reyes desestimó la carta de Vaca de Castro y del emisario, pues sabía de la venida del Virrey; y para retrasar la partida de Carvajal

[...] respondiéronle equívocamente, que pues el gobernador por sus cartas le avisaba su venida a Los Reyes sería breve que se estuviese en la ciudad hasta que viniese; y venido se haría lo que mandaba como gobernador que era del rey; [...] teniendo por cierto que cuando Vaca de Castro viniese del Cuzco estaría ya en la tierra el visorrey y no sería parte para hacerles ninguna molestia por no haber querido enviar a Francisco de Carvajal a la España. (Cieza de León 1984-1985, II: 297)

Estas respuestas «frívolas» enfurecieron a Carvajal, pero no lo detuvieron en su intento de viajar, así que buscó embarcación en el puerto de la Ciudad de Los Reyes, pero sin éxito, pues las justicias habían

los veneraban en las cocinas o porque toda la casa tomaba nombre del fuego; [...] y estos duendes suelen aparecerse en los desvanes o en lo más retirado de la casa, como en la cocina, que de tal viene el nombre, culina, o culo, que vale el trasero. Los que tienen poca conciencia suelen hacer pacto con el demonio y tratan con él familiarmente y por esto los llamamos familiares; los cuales traen consigo comunmente en anillos, adonde les suelen señalar lo que quieren» (Covarrubias 1998).

ordenado que no saliese ninguna hasta la llegada del Virrey. Ante este inconveniente, se desplazó hacia la ciudad de Arequipa para buscar mejor suerte en el puerto de Quilca, pero el panorama fue el mismo. Para Cieza, Carvajal no pudo salir del Perú por voluntad divina, ya que su destino era convertirse en azote y castigo de Dios (Cieza de León 1984-1985, II: 305).

Una vez que Gonzalo Pizarro supo que Carvajal se encontraba en Arequipa, lo mandó a llamar con Francisco de Hinojosa para que se uniera a su causa. Ante esta encrucijada, Carvajal tuvo una actitud decidida. Al respecto, resulta oportuno reproducir dos de las versiones que tenemos sobre este momento. La primera es la de Pedro Pizarro (primo de Gonzalo, que en el levantamiento se hizo del lado del virrey), quien aseguraba haber estado junto a Carvajal en ese momento.

Pues estando comiendo, ya que acauaua Caruajal y el Liçençiado [García de] León y Pedro Piçarro, Caruajal tornó a preguntar a Pedro Piçarro: «-Señor, dezidme: ¿qué os dijo el maestre?». Pedro Piçarro le respondió: «-Ya os he dicho, señor, que no quiere». Dixo Caruajal: «¿Qué no quiere, señor?», y diziendo estas palabras, tomó una taça de vino que delante tenía, y bebióla y dio un suspiro en acauando de beuella, y dijo: «-¿Así señor que no quiere el maestre lleuarme? Pues yo juro a tal que [yo] os haga a Gonçalo un buen Gonçalo, y tal que los nasçidos se espanten, y los por nasçer tengan qué contar. Señor Pedro Piçarro ¡matalotaje! ¡matalotaje! porque me quiero yr al Cuzco porque el virrey pregunta por mí. «¿Gonçalo Piçarro me embía a buscar? Quiérome yr donde él está». [...] Caruajal se partió de su posada dixo a Pedro Piçarro, su huésped: «-Aparejáos, señor, porque yo os digo que an de benir por bos y por todos los vezinos». (Pizarro 1978: 235-236)

La versión de Cieza de León no consigna la cena con Pedro Pizarro y la escena varía un tanto:

E como supo el proveimiento de Gonzalo Pizarro y que le llamaban, quieren decir que le pesó y que deseara estar fuera de aquellos negocios; mas como hombre ejercitado en la guerra y que siempre en ella se había criado, dijo: «Harto me recelaba yo de meter mis manos en la urdimbre

de esta tela; mas ya que así es, yo prometo de ser el principal tejedor de ella.» Y luego se aderezó para venir al Cuzco, diciendo palabras feas contra el proveimiento de las ordenanzas, y que él había sido como el gato, que tanto le pueden acosar y herir, que contra su mismo señor se vuelve a le rascañar [sic]; y su mjtd., enviando aquellas leyes, decente cosa era ponerse contra ellas. (Cieza de León 1984-1985, II: 321)

Aunque las narraciones difieran en algunos aspectos, coinciden en ciertas ideas. Por ejemplo, Carvajal deseaba quedar por fuera del conflicto y sus acciones todas las dirigió en este sentido; al no poder hacerlo, y ante los llamados de Pizarro, aceptó ser parte de los levantamientos con gran ánimo y disposición, dispuesto a convertirse en actor principal de este drama. En la narración de Cieza hay un elemento adicional que hizo que Carvajal se viera envuelto en este levantamiento: su pasado. Era un hombre de guerra, criado en ella; no podía escapar; su destino futuro estaba marcado por su historia de vida. ¿Cómo escapar de su vida misma y de la voluntad divina?

Una vez integrado al movimiento de Gonzalo Pizarro, Carvajal se destacó como un capitán inteligente, un consejero sabio y un enemigo implacable. Nos centraremos en las actitudes o en las palabras puestas en su boca que nos dejen ver al mal cristiano del que han hablado con tanta insistencia. Sus capacidades estratégicas no entran en este análisis o —mejor dicho— los juicios que sobre ellas se hicieron, pues los actos de guerra son siempre brutales y arbitrarios, y a cada posibilidad de cortesía militar («al enemigo, puente de plata») se oponía la guerra sin cuartel («de los enemigos, los menos»).

Tal vez el dato que se reitera más sobre Carvajal en las crónicas, además de su presteza para ordenar ejecuciones, sea su negación a conceder la confesión a quienes daba garrote o colgaba de los árboles. Además de la negación, que ya de por sí era un hecho grave, el personaje de Carvajal era sarcástico y burlón con los condenados. A uno que le pidió confesión «le decía que no tuviese dello pena, porque él le pondría en un momento con Dios para que con él se confesase *facie ad facien*» (Fernández 1914, II: 307). A otros respondió que no se preocuparan,

que él tomaba sus pecados a su cargo, y cosas semejantes. Este dato puede proporcionar dos interpretaciones contrarias: despreciaba el sacramento de la confesión y no le otorgaba ningún valor; o lo estimaba tanto que, al negarlo a los condenados, les estaba quitando la posibilidad de que accedieran a la «vida eterna». Como tanto han manifestado que era mal cristiano, creo que la balanza se inclina hacia la primera posibilidad. Sin embargo, lo que termina de inclinarla completamente es su actitud frente a su propia confesión, como lo expuso Fernández:

Y en Andaguaylas (habiendo caminado cuarenta leguas) dióle [a Carvajal] un dolor de costado de que llegó muy al cabo, y siendo muy importunado de los que con él venían que se confesase, mostrando que lo quería hacer, hizo llamar a un clérigo que se decía el padre Márquez, que por haber sido servidor de su Magestad le traía preso y le había dado cargo de hacer los crines y colas a las mulas y machos que traía; y quedándose solo con él, cuando el clérigo llegó a quererle oír de confesión, preguntole Carvajal si sabía el romance de Gaiferos y el del Marqués de Mantúa y otras cosas semejantes, y en estas burlas (estando como estaba) le detuvo una hora y mandóle que se fuese y que dijese haberle confesado porque aquellos necios no le importunasen, amenazándole que si él sabía que decía otra cosa le costaría caro. (Fernández 1914, II: 242-243)

Además de lo anterior, mostraba una actitud retardadora frente a los condenados, exigiéndoles que mostrasen entereza en el momento de la muerte, esto es, que la afrontaran como lo habían hecho con la vida⁷ o se burlaba de sus cadáveres.⁸ De esta manera, creo que se configura un

⁷ «Espántome yo de un caballero y capitán tan valeroso como vos; mostrar tanta flaqueza» (Cieza de León 1984-1985, II: 381).

⁸ «[...] y por la mañana Francisco Carvajal le hizo sacar [a Diego Gumiel] y poner al pie del Royo (que está en medio de la plaza) y le hizo allí degollar, hablándole y diciéndole gracias como si estuviese vivo; y después de haber así razonado con él en presencia de muchas personas (que de industria había llevado consigo para el efecto) concluyó diciendo: "Así que, buen capitán y gentil caballero, si de esta vez vuestra merced no escarmienta, juro por Dios que no sé que le haga"» (Fernández 1914, I: 143).

cuadro que muestra la falta de respeto que sentía Carvajal hacia la idea de la *vida eterna*. El desprecio del sacramento era solo la negación del mecanismo que permitiría acceder a esta, y mofarse de aquellos que estaban cercanos a la muerte (o de sus cuerpos sin vida) era la muestra de la falta de solemnidad que enseñaba en este momento. Por lo tanto, si la *vida eterna* no era su premisa —lo que lo volvía mal cristiano de inmediato—, debía buscar en el mundo de los vivos su realización. Por eso, los calificativos de ambicioso y avaro se ajustan tan bien con este modelo de hombre. En suma, todo parece indicar que la consigna de Carvajal era merecer o lograr en vida lo que buscaba. Este cuadro se completa con la frase que acompañaba el escudo de armas de Gonzalo Pizarro pintado en las rodela de la infantería: «En la tierra que vivimos, al señor que la ganó servimos» (Bernard y Gruzinski 1996: 462).

Según los cronistas, Carvajal no mostraba respeto por las iglesias, clérigos de ningún tipo —aunque tal vez por los mercedarios sintiera algún tipo de aprecio, pues muchos de ellos fueron simpatizantes del movimiento pizarrista—, ni por las ceremonias propias del culto. Los templos de los pueblos los usaba como aposentos y los convertía en el sitio para recibir a sus mancebas. Si algún enemigo se refugiaba en la iglesia o en el monasterio, Carvajal no acataba el asilo sagrado y lo hacía sacar a la fuerza sin miramientos de ningún tipo.⁹ A los sacerdotes nunca mostró reverencia o deferencia alguna; por el contrario, solía ser bastante despectivo con ellos y sus súplicas; matar a un sacerdote o a una mujer era algo que se encontraba más allá de los parámetros morales de un hombre, incluso si era un tirano; pero Carvajal no tuvo reparos en hacerlo, según Pedro Pizarro:

Este Caruajal mató muchos hombres, y entre ellos a un clérigo y a un fraile y a una muger casada, muger del capitán Gerónimo de Villegas aquí declarado. Mató a esta mujer porque hablaua en perjuizio de su

⁹ «[...] porque esta gente ni tenía reverencia ni acatamiento a los templos, ni temor a Dios ni al rey» (Cieza de León 1984-1985, II: 381).

campo. Al fraile ahorcó vencida la uatalla de Guarina, de una piedra que estaua hincada en una sepoltura de los naturales, porque en el Collao usan los naturales unas sepolturas muy altas y anchas, quadradas; ay algunas de altor de dos picas. Pues colgado el fraile de una déstas, llamó a Gonçalo Piçarro y dizen que le dixo: «-Venga Vuestra Señoría conmigo, y mostralle e un fraile que está guardando una sepoltura», y yendo Gonçalo Piçarro con él, biendo al fraile ahorcado, dizen que le dixo: «-Doyos al diablo, Caruajal, ¿cómo auéis hecho esto?». (Pizarro 1978: 236-237)

Para Carvajal todas las personas debían ser castigadas de igual manera, sin que ninguno tuviera privilegios. La falta del fraile fue haber servido de correo a las tropas del Virrey, y aquella mujer que hablaba en contra de Pizarro era, según Diego Fernández, María Calderón, comadre de Carvajal, por lo cual su muerte tenía ciertos elementos que la hacían más comprometedora. Y ello porque, además, de ser mujer era pariente por afiliación o, en caso de que solo fuera una manera de decirse, sí denotaba mucha cercanía, pues en el relato de Fernández, Carvajal entró a su aposento con familiaridad y le dijo que la iba a matar cuando esta aún estaba en la cama al poco rato de haber despertado (Fernández 1914, II: 374).

Dos de los tres cronistas no traen ningún dato de sus sentimientos religiosos, tal vez porque les parecía completamente obvio que carecía de ellos. Por el contrario, Cieza de León escribió unas cuantas líneas bastante elocuentes:

[...] aunque el viesse que en alguna parte decían misa, tenía poca atención a oír los sacros misterios della, que nunca se levantaba, ni aún cuando se decía el santo evangelio, y si algún mudamiento hacía era cuando alzaban la hostia, y este muy pesado y que al parecer era sin ninguna devoción y muy poca contrición. (1984-1985, II: 523)

Esta falta de respeto hacia los símbolos y sacramentos de la Iglesia estaba ligada directamente a sus ataques contra la autoridad real y sus emblemas, pues no solo comandó tropas contra los destacamentos del

Virrey (que sería la parte fuera de cualquier tipo de duda), sino que comenzó a realizar tareas que buscaban desplazar simbólicamente el poder del Rey, pues puso en duda su derecho sobre las Indias, alentó las pláticas en las cuales se decía que Pizarro se debería nombrar rey del Perú y, además, quitó las armas reales del estandarte para poner en su lugar las de Pizarro, que habían sido creadas por Carvajal, tirando las primeras a las llamas (Fernández 1914, I: 179-180). Como se ve, Carvajal fue mucho más allá —para los cronistas— de la simple desobediencia a los poderes intermedios; no se detuvo en esos canalizadores del descontento de los que hemos hablado, sino que atacó directamente el poder real, lo cuestionó y pensó que era posible remplazarlo. Metodológicamente es importante notar que sus acciones públicas y notorias fueron el ataque al Virrey y la defensa de los derechos de los conquistadores. En otro ámbito, construido por los cronistas sobre la base de informaciones recogidas, se mostraron aquellos comportamientos que iban contra Dios y el Rey; seguramente, los cronistas no inventaron las historias sobre Carvajal, sino que las oyeron a otros, a quienes les otorgaron credibilidad por su categoría y porque pensaron que tal comportamiento era posible en este personaje que algún cronista llamó «el demonio de los Andes» (Bernard y Gruzinski 1996: 462).

En 1548, después de seis años de sublevación, Pizarro fue derrotado de Xaquixaguana, tras la desbandada progresiva y masiva de sus huestes hacia el estandarte real. Pizarro y Carvajal fueron llevados ante la presencia de La Gasca. Su detención y muerte fueron los últimos actos públicos de Carvajal, quien por entonces debería superar los ochenta años. Ante el primero mostró serenidad y ante los reclamos, igual de burlón que cuando las víctimas eran otras y el victimario, él. Aunque extensa, la narración que sobre este momento da Fernández sintetiza el cuadro del Carvajal que nos había relatado a lo largo de dos tomos:

Llegó a este tiempo el Obispo del Cuzco, y díjole: «Carvajal, ¿por qué mataste a mi hermano?» (lo cual decía por Ximénez su hermano, que después de la Guarina, le había ahorcado). Carvajal respondió: «No le

maté yo». Y tornándole a preguntar el Obispo: «Pues quién le mató». Dijo Carvajal: «Su ventura», de lo cual, enojado el Obispo arremetió a él y dióle tres o cuatro puñadas en el rostro. Asimismo llegaba mucha gente, y le decían injurias y oprobios representándole cosas que había hecho, a lo cual todo Carvajal callaba; y Diego Centeno reprendía mucho a los que le ofendían. Por lo cual Carvajal le miró y le dijo: «Señor, ¿quién es vuestra merced que tanta merced me hace?» A lo cual Centeno respondió: «Qué, ¿no conoce vuestra merced a Diego Centeno?» Dijo entonces Carvajal: «Por Dios, señor, que como siempre vi a vuestra merced de espaldas, que agora, teniéndole de cara, no le conocía» (dando a entender que siempre había del huido). Lleváronle luego preso, y todavía Centeno se le iba ofreciendo mucho y le decía que si había en qué hacer alguna cosa por él, se lo dijese porque lo haría con toda voluntad, aunque él no lo hiciera estando en el estado en que él estaba. A lo cual Carvajal, llevándole entonces al todo do había de estar preso, reparó un poco y dijo: «Señor Diego Centeno, no soy tan niño o muchacho para que con temor de la muerte cometa tan gran poquedad o liviandad como sería rogar a vuestra merced hiciese algo por mi, y no me acuerdo, buenos días ha, tener tanta ocasión de reírme como del ofrecimiento que vuestra merced me hace». (Fernández 1914, II: 407)

En la cercanía de la muerte, siguió manteniendo el ánimo imperturbable, hizo bromas, comentarios sarcásticos y, según Pedro Pizarro, no quiso confesarse. Según Fernández, lo hizo con mucho trabajo. Ambos coincidieron en que su muerte había sido más de gentil que de cristiano, sin duda porque no mostró la solemnidad requerida y el arrepentimiento necesario para llegar a la «vida eterna».

Lope de Aguirre

Según los cronistas, la expedición comenzó con un mal augurio y una falta grave; más que grave, pecaminosa. Esta consistió en que Orsúa recibió la palabra del sacerdote de Motabamba que le daría una cantidad de dinero que oscilaba entre mil y dos mil pesos, para que aquel pudiera terminar de conseguir los aperos y elementos necesarios para

adelantar esta empresa a cambio de que lo nombrase vicario general de la armada y de la tierra descubierta y poblada. Luego de que Orsúa hubiera hecho negocios por la cantidad de dinero convenida, el sacerdote, de apellido Portillo, se retractó, y los ruegos de aquel no fueron suficientes para hacerlo cambiar de opinión nuevamente. Ante esta situación, algunos de los soldados de la expedición tendieron una celada a Portillo y, bajo amenaza física, lo obligaron a entregar el dinero prometido y el resto de su caudal que ascendía a seis mil pesos. Así, el sacerdote vio esfumar sus ahorros conseguidos «con mucha miseria y desventura quitándose el comer y vestir y otras cosas muy importantes al ministerio que representaba, y necesarias para la autoridad de su persona» (Ortiguera 1981: 40); y, además, enrolado en una expedición que ya no le resultaba atractiva. Este acto de fuerza contra un sacerdote constituyó el primer pecado de Orsúa y de sus cómplices, del cual Aguirre, sin saberlo, se volvería el castigo divino. Después de este hecho, un amigo del Orsúa y un criado del virrey, Francisco Díaz de Arlés y Diego Frías, mataron a Pedro Ramiro, quien había sido nombrado teniente de gobernador. Tal acto fue castigado con la muerte de los responsables por parte del gobernador. A partir de ahí, las traiciones, el garrote y las muertes sin confesión fueron el camino que Lope de Aguirre coronó con honores.

Lope de Aguirre estuvo sirviendo como soldado en el Perú durante años sin mucho éxito; había participado en algunos de los levantamientos que se desataron tiempos después de que se hubiera sofocado el de Pizarro y, al igual que tantos otros, había cambiado de bando con facilidad. En medio de este maremágnum de enfrentamientos, recibió un disparo en la pierna derecha que lo dejó cojo de por vida. Poco se sabe de su vida anterior, y para los cronistas, que en su mayoría estuvieron en la expedición de Orsúa, no se necesitaba saber mucho, salvo su espíritu revoltoso y, por ende, su participación en levantamientos, que se dedicaba a domar caballos y que tuvo una relación con una india, de la cual era fruto su hija Elvira, a quién llevó a la

expedición. El resto de su vida pasada estaba entre sombras, pero poco había que saber, pues toda su trayectoria se resumía en las acciones que desarrolló en el levantamiento.

En el momento de la expedición, Aguirre tenía cincuenta años y, además de su marcada cojera, los cronistas distinguieron en él a un hombre curtido por la guerra y marcado por las cicatrices, bajo de estatura, de cara pequeña y huesuda, y ojos de fuego. Todas estas marcas corporales tenían un significado, no eran gratuitas;¹⁰ recalcarlas y señalarlas era reforzar una idea que se reiteraba a lo largo de todas las narraciones: su maldad. Al igual que Acuña, Aguirre dormía poco y era «gran sufridor de trabajos», y solo en su capacidad guerrera se podría encontrar algo cercano a la cualidad, porque los cronistas no vieron en él ningún asomo de virtud.

Para los cronistas, Aguirre, como todos los tiranos perversos, despreciaba a la gente noble y se sentía seguro con la gente de baja estofa, así que asesinó y alejó progresivamente a aquellos.¹¹ Más que la estrategia de poder de Aguirre, se puede notar la maniobra narrativa de los que escriben, pues no solo dejaron a los nobles fuera del grupo cercano del tirano, sino que, además, al dar cuenta de cómo la maldad de este lo hacía despreciar la virtud, procedieron a crear un círculo que correspondiera a su ser. Parafraseando a Marx, Aguirre hizo un mundo a su

¹⁰ «El cuerpo humano es un sistema de diferencias anatómicas. Si la deformidad, por accidental que sea, inquieta, se debe a que provoca una impresión de dinamismo desestabilizador. Parece amenazar al sistema como tal» (Girard 1985: 32-33).

¹¹ «Y eran todos vizcainos y marineros y gente de costa y de poca honra, a los cuales, como den lugar para robar y andar en vicios, como él les daba, es gente muy maldita y mal; y así se hicieron, con el cruel tirano, grandes carniceros y crueles, como él no podía ver caballeros y gente noble» (Zuñiga 1981: 14); «Y como este tirano era malo, perverso, así era enemigo de los buenos y virtuosos; y pocos a pocos ha venido matando todos los más hombres de bien, y teniéndolos por sus enemigos [...]; y por consiguiente, era amigo de la gente baja y mala, de los cuales se fiaba y los tenía por grandes amigos, y por parecerle que estos tales no tenían ánimo para le matar, y que entre estos tales viviría más seguro» (Vázquez de Alместo 1981: 219).

imagen y semejanza, lleno de vileza, crueldad y sevicia. Esta dicotomía entre nobleza y gente baja, los primeros despreciados y los segundos acogidos por la mano del tirano para crear un régimen del terror, se puede entender como el par de oposición entre virtud y pecado, en la cual los nobles estarían más alejados del pecado por su condición, mientras que los otros serían, por origen, más cercanos a este. Esta concepción se inserta en el pensamiento que sobre la nobleza se venía gestando en la península ibérica en el siglo xv y a lo largo del xvi, tal como lo ha expuesto Rucquoi (1997: 100 y 107).

A diferencia de Acuña y Carvajal, Aguirre no se vio envuelto en un levantamiento que ya se había iniciado, sino que él fue el instigador de este. Habló con Fernando de Guzmán, unió los hilos del descontento que había entre el grupo, se puso a la cabeza del asesinato de Pedro de Orsúa y, tras este acto, creó por la fuerza el consenso en torno al nombramiento de Guzmán como nuevo jefe de la expedición. Posteriormente, presionó para nombrar a este como príncipe del Perú y para que los integrantes de la expedición se desnaturalizaran de España. Cuando el nuevo príncipe pareció salirse de las manos de Aguirre, procedió a matarlo, así como a sus allegados, y a autoproclamarse príncipe de la libertad. Para los cronistas-compañeros, Aguirre era el espíritu mismo del levantamiento y sobre él caían la responsabilidad y la culpa; a la mayoría del grupo, entre ellos los cronistas, podría reprochárseles su actitud pasiva y temerosa, pero no eran culpables pues todo lo habían hecho bajo la coerción del tirano.

El afán mostrado por Aguirre de desnaturalizarse de España, desconocer a Felipe II como monarca y volver con mano armada sobre el Perú para tomarlo por asalto se debe entender cómo el último coletazo del proyecto encomendero y de una sociedad que se había construido y consolidado por medio de las armas y la dominación de los indígenas. La aplicación de las leyes nuevas y una nueva política de la Corona, que cada vez recortaba más el poder de los conquistadores hasta decretar políticamente el fin de la conquista en 1550, habían hecho que el Perú viviera, desde 1542, un permanente estado de turbación que se

movía al vaivén de los sucesivos levantamientos que comenzaron con el de Gonzalo Pizarro.¹² Pero a diferencia de los otros levantamientos, el de los marañones se mostró rebelde muy temprano contra el Rey y, más que buscar defender derechos adquiridos, trató de conseguirlos por la fuerza, pues los participantes en este movimiento se sentían excluidos de la partición del botín primigenio y, además, veían cómo a cada momento se cerraban más las puertas de conseguir o crear uno nuevo. Por lo tanto, deberían volver sobre el ya existente y trastocar el orden, comenzando por negar la autoridad del Rey.¹³

Esta negación del Rey estuvo representada por múltiples actos, que se pueden definir en dos grupos: efectivos y simbólicos. Entre los primeros se encontraban los ataques contra los representantes de la autoridad real, especialmente en la isla Margarita y en las poblaciones por las que pasó en Tierra Firme, pertenecientes a la gobernación de Venezuela, así como la muerte de Orsúa. Además, estuvieron la elección de Guzmán como rey del Perú y la desnaturalización del grupo de España, de lo cual quedó registro escrito, según los cronistas, por voluntad expresa de Aguirre. Al tiempo que efectivos, estos actos eran también públicos, pues trascendían al grupo. Como todos los actos de Aguirre, estos tuvieron una finalidad malvada o, por lo menos, así lo quisieron interpretar los cronistas, y ella consistía en unir al grupo en torno a la culpa y arrastrarlo con él en la infamia; así el grueso del grupo no participara en tales actos.¹⁴ Los actos simbólicos atacaban los emblemas del Rey,

¹² Pues las confrontaciones entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y posteriormente entre aquel y Almagro El Mozo, correspondieron más a problemas del repartimiento de los territorios conquistados que a desacuerdos con la Corona.

¹³ Al igual que con Carvajal, en boca de Aguirre se puso el argumento de preguntar en qué parte del testamento de Adán se había dejado las Indias al rey de España. Este argumento también fue puesto, por la misma época, en boca de Francisco I.

¹⁴ «Mirad, marañones, lo que habeis hecho, pues habeis muerto al gobernador desta isla y al alcalde y al alguacil mayor. Conviene que apreteis los puños, siguiendo la demanda que teneis comenzada. Y no es prenda la que teneis metida en este negocio que la podais sacar sin que perdaís las vidas. Y pues esto es ansí, justo es que cada uno venda

como el fallido intento de cortar el rollo en la Margarita o agredir la persona de este de manera verbal. Al igual que los actos efectivos, estos también trascendían al grupo y terminaron por conocerse de manera general. Por lo tanto, eran públicos, gracias a los cronistas y a las historias de la gente. Sin embargo, hay una diferencia: mientras que, en los actos efectivos, Aguirre trataba de unir en la culpa al grupo, los cronistas hacían de Aguirre y algunos de sus secuaces, en los segundos, los propietarios y actores de la maldad, y el grupo se libraba de cualquier responsabilidad. Era pues un juego dialéctico de culpa y unión.

Estos actos de traición extrema al Rey solo podrían ser realizados por alguien que se encontrara por fuera de la esfera del mundo cristiano e ibérico. Ya que Aguirre era español, y además de eso hidalgo, por ser vasco, los cronistas debieron poner en él tal cantidad de comportamientos desviados, blasfemos, herejes y sanguinarios que lo convirtieron en la suma misma del mal, tanto que la crónica anónima lo calificó como el hombre más malo que había existido desde Judas. Lo señalaron como hechicero que contaba con *familiar*, mal cristiano y hereje que carecía de fe, pues renegaba de ella con frecuencia y alentaba entre sus soldados el ánimo por encima de la religión e incluso les decía que mejor sería que siguieran cualquier fe antes que traicionarlo.

Esta imagen contrasta con la que él dio de sí mismo al dictar la carta destinada a Felipe II, pues, aunque afirmaba su voluntad de desnaturalizarse de España, negar el vasallaje a un Rey que tan mal había pagado los servicios a los conquistadores y acabar con todo aquello que lo representara, nunca renegó de la religión. Por el contrario, se mostró dispuesto a que él y sus marañones vivieran siempre fieles a la fe de

bien su vida matando y venciendo a todos los que quisieron perturbar nuestro viaje, señoreándonos de los indios, de sus encomiendas y haciendas y mujeres, pues esto es lo que pretendemos y lo que nos ha de valer. Todos quedaron tan suspensos, absortos y espantados de ver una cosa tan mal hecha, que no sabían que decir ni responder; como hombres sin sentido se quedaron si dar respuesta ni hacer otra cosa más que bajar las cabezas y irse cada uno a su alojamiento» (Ortiguera 1981: 139).

Cristo y se proclamó como defensor de ella. De hecho, había matado a un alemán luterano de apellido Monteverde que iba en la expedición, de lo cual ningún cronista da noticia. Sin embargo, lo que dice de sí mismo solo nos interesa ahora para contrastar lo que los cronistas cuentan de él.

Entre las marcas de mal cristiano se encontraban las múltiples muertes sin confesión que se repiten una y otra vez, ya sean ahorcados, muertos por garrote, con arcabuz, apuñalados, tirados al río o atravesados con la espada o la lanza. Los moribundos invocaban a la Virgen y encomendaban sus almas a Dios ante la negación del sacramento. A diferencia de Carvajal, Aguirre no se burlaba de ellos, y aunque presto a ordenar la muerte de quien él pensara que la merecía, este momento no perdía su solemnidad. Negar la confesión no parecía corresponder al desprecio por el sacramento, como en el caso de Carvajal, sino que serviría más como condenación eterna para el desdichado que muriese. Por ello, Aguirre se confesó en la isla Margarita (aunque después hiciera dar garrote al clérigo que lo había escuchado) y la solicitó antes de morir.

La otra actitud de mal cristiano y hereje era su odio hacia los clérigos, pues, según los cronistas, no mostraba ningún escrúpulo en matarlos e incluso prometió dar muerte a todos los que se encontrara. Este odio encarnizado pasó a los miembros de su cohorte e, incluso, puso como condición para el nombramiento de maese de campo que el candidato hubiera matado 13 frailes y sacerdotes, lo que algunos, de pasado oscuro y presente aún más negro, habrían aceptado con entusiasmo.¹⁵ Como Aguirre trató el asunto de los frailes en la carta dirigida a Felipe II y las crónicas permiten leer el problema político, se puede notar cómo aquello que era un acto de infidelidad a la Iglesia tenía otro

¹⁵ Paniagua se habría ofrecido a cumplir la tarea con entusiasmo. Según Toribio de Ortiguera, este era hijo de uno del mismo nombre que vendía muchachos cristianos en tierra de moros (Ortiguera 1981: 142). Estos datos de un origen oscuro refuerzan la idea de maldad de los personajes.

cariz, pues decía que no respetaría la vida de ningún fraile, excepto la de los mercedarios que no se excedían en los negocios de los indios y del Perú (Zuñiga 1981: 22; Ortiguera 1981: 130). Además, su amenaza no se reducía a los clérigos rasos; abarcaba también a los obispos y arzobispos, a letrados, oidores y presidentes. En suma, iba en contra de todos aquellos que habían actuado como herramientas de la Corona para la imposición de las leyes nuevas y que habían incidido directamente en la reducción del poder de los encomenderos.

Además de atacar a los representantes de Cristo en la tierra, Aguirre profería constantemente blasfemias en las que despreciaba el cielo y ponía, por encima de la voluntad divina, su propio empeño de realizar lo que se proponía: alcanzar en la tierra la gloria y despreciar lo que pasara después de la muerte. En resumen, era el ideal profano de un hombre de guerra que reñía con los ideales religiosos de abnegación en la tierra para alcanzar la gloria eterna después de dejar esta vida. Tal vez como en ninguno de los anteriores casos, en este se puede ver cómo actitudes que hacían parte del comportamiento corriente de un grupo son puestas en cabeza de un individuo para ejemplificarlo negativamente. Aguirre encarnó al extremo, casi absurdo, las faltas de toda la sociedad a la que él había pertenecido y que se había construido con hombres como él. Renegar entre hombres de guerra (o, incluso, entre la gente de paz) era corriente; odiar a aquellos que habían promovido las nuevas leyes (dominicos y franciscanos) o que las habían aplicado (oidores y presidentes) era la costumbre de buena parte de los encomenderos y conquistadores en el Perú y, muy seguramente, en las Indias;¹⁶ morir en medio de un conflicto sin confesión era algo falto de caridad cristiana, pero no debería resultar extraño del todo. Esta hipérbole de la maldad herética estaba ligada directamente con el ataque hecho contra el Rey, pues coincide, en parte, con la de Carvajal, solo

¹⁶ Para los conflictos entre el obispo de Popayán, Juan del Valle, y los vecinos de esta gobernación por la función de aquel como protector de indios entre 1548 y 1560, véase Friede 1961.

que en Aguirre se ve más extrema, pues su levantamiento se dio en medio de la selva, alejado de la civilización, y cuando llegó a las ciudades de la isla Margarita o de la gobernación de Venezuela, su movimiento seguía perteneciendo a una lógica de conquistador en tierra de cristianos y de rebelión que no podía corresponder a patrones normales.

Aguirre fue puesto más allá de cualquier posibilidad lógica por los cronistas. Su ataque contra el Rey era, inevitablemente, también contra Dios. Por eso, se llega a escuchar el eco de un Aguirre que asegura que, puesto que ha creado un nuevo rey, hará también una nueva ley para él, sus secuaces y amigos de maldades. «La ira de Dios», al atacar al rey, personificó todo lo negativo que iba en contra del cristianismo y, por ende, del orden del mundo. Así, todo lo que hiciese iba a estar en contra o por fuera de cualquier parámetro moral.

Al momento de enfrentar las fuerzas que se habían organizado en torno al estandarte real, el bando de Aguirre se disolvió con facilidad, y el combate se limitó a algunos simulacros realizados por su gente que no herían a nadie del grupo contrario. Al ver la derrota inminente, Aguirre mató a su hija, pues no quería que fuera colchón de bellacos. Tras esto, los hombres del Rey (que antes habían servido a Aguirre y habían cambiado de bando hacía poco), comandados por Diego García, lo apresaron. A Diego García pidió que lo dejara confesar, pero le fue negado el sacramento, y de inmediato sus antiguos compañeros procedieron a matarlo:

[...]; y el primero arcabuzazo que le dio algo alto encima del pecho, habló entre dientes, no se supo que pudo decir; y luego como le tiraron el segundo, cayó muerto sin encomendarse a Dios, sino como hombre mal cristiano y, según sus obras y palabras, como muy gentil hereje, fundado en vanidad, porque le pareció a él que en aquello consistía su buenaventuranza, en que le tuvieran por animoso que por cristiano [...].
(Vásquez de Alместo 1981: 268)

Estos últimos momentos están llenos de significados sobre la personalidad de Aguirre y sobre lo que representaba: matar a su propia

hija fue «crueldad mayor que las pasadas, con que echó el sello a todas las demás» (Vásquez de Alместo 1981: 268), pues no solo cometía filicidio, sino que asesinaba a una joven inocente. Los pocos hombres que no lo abandonaron no fueron calificados de leales, sino que se vio en ellos tal grado de culpa que, por eso, se mantuvieron a su lado, pues la lealtad estaba reservada para causas nobles, y un tirano no la podía recibir. La rapidez de sus antiguos marañones para apresarlo y darle muerte era la muestra de que en su sangre se podían lavar las culpas del grupo, pues, si le permitían recibir la confesión y hablar con el gobernador, lograría aquello que se había propuesto con sus actos públicos: unir al grupo en la culpa. En su muerte, se encuentra el ánimo gentil propio de un hombre que tan poco respeto había mostrado por la religión; en estos momentos, resumió su vida y sus actuaciones.

Tres levantamientos que se separan, se cruzan, se entretrejen y se asemejan

Estos tres levantamientos no fueron los únicos que se presentaron en el siglo XVI en territorios de la monarquía hispánica; sin embargo, fueron los más renombrados porque uno se presentó en el centro mismo de la Corona; el otro fue protagonizado por un miembro del linaje de conquistadores más importante que hubo en uno de los reinos de Indias más rico e importante de su tiempo; y el tercero se caracterizó por actitudes extremas, así quedara en las márgenes más periféricas del Imperio.

Según los trazaron los cronistas, el desarrollo de los movimientos fue del consenso grupal (ya sea de ciudades, vecinos de ellas o de una tropa) a una cabeza que lo dirigiera todo. De esta manera, las faltas colectivas, sin dejar de existir, cada vez se proyectaron más en esa persona que comandaba el grupo. Ahora bien, esta dirección de la que se habla no se debe entender como aquel que figurara como jefe del grupo, sino como el que representara, por su actuación, el papel preponderante y determinante a la hora de definir el curso de las acciones. En el

levantamiento de los comuneros en Castilla, la Junta General era demasiado etérea como para encarnar el papel determinante, y Juan de Padilla resultaba muy ingenuo para encarnar el genio malvado que empujara la revuelta. Para eso estaba el obispo Antonio Acuña, quien se involucró en el movimiento cuando este estaba ya comenzado y nunca estuvo en la cúspide de mando, pero que, con su fuerza y arrojo, infundía valor a sus copartidarios y temor a sus contrarios. Pizarro era demasiado ignorante para entender la magnitud de sus acciones y, sin el genio táctico de Carvajal, se encontraba perdido. Don Fernando de Guzmán era un joven inocente y sin malicia que no supo guardar fidelidad a su amigo Orsúa y que se dejó tentar por las palabras halagadoras del genio mismo del mal, Lope de Aguirre, un viejo soldado que dirigió a su antojo la revuelta de los marañones.

Acuña, Carvajal y Aguirre tenían en común ciertas características: ninguno era joven —es más, los dos primeros eran ancianos al momento de participar en los levantamientos—; eran hombres de guerra, malos cristianos que tenían en poco su alma y que confiaban demasiado en lo que se pudiera hacer en vida, en detrimento de la vida eterna. Al momento de morir no mostraron arrepentimiento y su último momento no fue propio de cristianos sino de gentiles, esto es, se mantuvieron contumaces y su despedida de este mundo correspondió a lo que habían sido sus vidas. Estas características, aunadas a las que hemos visto que los cronistas les asignaron (ambición, avaricia, crueldad, etc.), servían para recalcar su maldad y para que de ello se desprendiera, tal vez, una especie de signo victimario que los cronistas pusieron sobre ellos para que sirvieran de chivos expiatorios que pagaran por las faltas colectivas.¹⁷ Si la comunidad se podía ver libre de culpa, era en

¹⁷ «A los ojos de la comunidad, la víctima debe manifestarse como responsable tanto de la violencia que agitaba a esa comunidad, cuando la víctima aún estaba viva, como de la paz restaurada por la muerte de la víctima. Esta se convierte en el significado de todas las relaciones entre los miembros de la comunidad, especialmente los peores y los mejores» (Girard 1984: 170).

parte porque se había dado una transferencia de esta hacia estos personajes, para encarnar al máximo las faltas cometidas por el colectivo, o porque las propias culpas de estos fueran tan grandes que opacaran la actuación de la muchedumbre en los levantamientos.

La caracterización de herejes estaba dada por su ataque al Rey, pues ir contra él significaba contradecir la voluntad divina que lo había hecho ocupar tal cargo.¹⁸ Para hacer esto más evidente, los cronistas llenaron a los personajes de detalles heréticos y antirreligiosos, y resaltaron y aumentaron aquello que los hiciera más culpables. Por otro lado, se puede pensar que los cronistas establecieron un juego dialéctico entre estos rebeldes y el Rey. Mientras que este encarnaba ciertas virtudes, aquellos eran el reflejo contrario. Si el Rey era defensor de la fe, cabeza de la sociedad y había recibido de Dios más saber que los demás hombres,¹⁹ estos eran agresores de la fe, cabezas de unos movimientos que paulatinamente se quedaron sin cuerpo y su inteligencia o astucia no podía tener origen divino sino demoníaco. Por eso, es reiterativa la idea del *familiar* que les proporciona tal sabiduría.²⁰

¹⁸ Desde el siglo VII los obispos reunidos en el Concilio de Toledo afirmaron que «no es lícito poner en tela de juicio el poder de aquél de quien consta le ha sido delegado el gobierno de todos por el juicio del cielo» (Guiance 2000, II: 417).

¹⁹ Los reyes hispánicos se habían constituido como defensores de la fe desde el siglo VII y, desde el siglo XIII, con las siete partidas de Alfonso X, el Rey era considerado cabeza de la sociedad y más sabio por gracia divina. Véase Rucquoi 2000: 16 y 322; y Guiance 2000: 424.

²⁰ En el caso de Acuña no se menciona, tal vez porque el cronista, Juan Maldonado, era sacerdote y no quería que obra contuviera elementos que pudieran ser catalogados como peligrosos. En el siglo XVII, Pedro Bohorquez organizó, en el norte del virreinato de la Plata, levantamientos indígenas contra la autoridad monárquica, al igual que Aguirre y Carvajal fue acusado de tener *familiar*. Véase Lorandi 1997: 185.

Bibliografía

- BERNARD, Carmen y Serge GRUZINSKI
1996 *Historia del Nuevo Mundo. Del descubrimiento a la conquista. La experiencia europea, 1492-1550*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro de
1984- *Obras completas*. 3 ts. Madrid: CSIC.
1985
- COVARRUBIAS, Sebastián
1998 *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: Alta Fulla.
- ELLIOTT, J. H.
1979 *La España Imperial*. Barcelona: Vicens-Vives.
- FERNÁNDEZ, Diego
1914 *Primera parte de la Historia del Perú*. 2 ts. Madrid: Biblioteca Hispania.
- FRIEDE, Juan
1961 *Vidas y luchas de don Juan del Valle, primer obispo de Popayán y protector de indios*. Popayán: Arzobispado de Popayán.
- GIRARD, René
1984 *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama.
1985 *La route antique des hommes pervers*. París: Grasset.
1996 *Literatura, mimesis y antropología*. Barcelona: Gedisa.
- GUEVARA, Antonio de
1942 *Epístolas familiares*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- GUIANCE, Ariel
1981 *Lope de Aguirre. Crónicas*. Barcelona: 7½.
2000 «El derecho del rey: el sentido de la realeza y el poder en la monarquía castellana medieval». En Óscar Mazín Gómez. *México en el mundo hispánico*. 2 vols. Zamora: El Colegio de Michoacán.

LORANDI, Ana María

1997 *Por los senderos de un héroe*. Relaciones, estudios de historia y sociedad, n.º 70. Zamora: El Colegio de Michoacán.

MALDONADO, Juan

1975 *La revolución comunera [El movimiento de España, o sea historia de la revolución conocida con el nombre de las comunidades de Castilla]*. Madrid: Ediciones del Centro.

MENDIOLA, Alfonso

1995 *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*. México: Universidad Iberoamericana.

ORTIGUERA, Toribio de

1981 «Crónica II». En Ariel Guance. *Lope de Aguirre. Crónicas*. Barcelona: 7½.

PÉREZ, Joseph

2001 *Los Comuneros*. Madrid: Historia 16.

PIZARRO, Pedro

1978 *Relación del descubrimiento y conquista de los Reinos del Perú*. Edición y consideraciones preliminares de Guillermo Lohmann Villena, y nota de Piere Duviols. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

RUCQUOI, Adeline

1997 «Noblesse des conversos?». *Études Hispaniques*, n.º 23.

2000 *Historia medieval de la península Ibérica*. México: El Colegio de Michoacán.

VÁZQUEZ DE ALMESTO, Francisco

1981 «Relación de la jornada de Pedro de Orsúa a Omagua y el Dorado». En Ariel Guance. *Lope de Aguirre. Crónicas*. Barcelona: 7½.

ZÚÑIGA, Gonzalo de

1981 «Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río Marañón». En Ariel Guance. *Lope de Aguirre. Crónicas*. Barcelona: 7½.